

JOSÉ SERAFÍN ALDECOA CALVO

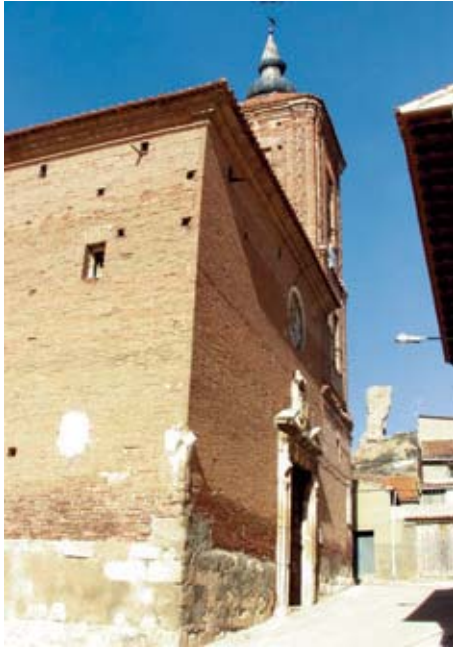
Para los enfrentamientos militares entre carlistas (tradicionalistas o realistas) y liberales (crístinos o isabelinos, por su fidelidad a la Reina regente o a su hija Isabel), se han distinguido tradicionalmente tres periodos o épocas durante las cuales se produjeron enfrentamientos armados de mayor o menor intensidad. Se puede hablar de tres «guerras carlistas» de diferente duración y de consecuencias bien distintas para la Comarca del Jiloca.

La primera ha sido también llamada la *Guerra de los Siete Años* debido a su duración: desde finales de 1833 hasta el llamado «Abrazo o Convenio de Vergara» firmado por los generales Maroto (carlista) y Espartero (liberal) a finales de 1839. En el caso de Teruel y de la zona del Jiloca todavía perdurarán los enfrentamientos armados hasta el año 1840.

La segunda (1846-1849) y la tercera (1872-1875) tuvieron, salvo algún enfrentamiento aislado, una menor repercusión en la comarca ya que los escenarios militares se trasladaron a otras regiones. Además, presentaron una cronología más imprecisa, pues durante muchos años persistieron los levantamientos armados.

### 1. LA PRIMERA GUERRA CARLISTA

Por lo que se refiere a la primera, el bastión principal del carlismo se centró fundamentalmente en las provincias vascas y en Navarra, donde además se defendían reivindicaciones de carácter foral. Hubo otros focos secundarios en Cataluña, Valencia y, en menor medida, en Castilla. En Aragón, se produjeron, en una primera fase, según Rújula, levantamientos esporádicos de carácter urbano en Huesca, Zaragoza, Tarazona o Calatayud. Tras el fracaso de estos pronunciamientos que pretendían conseguir un mimetismo en las poblaciones que las empujase a la sublevación, se inició una segunda fase basada en la táctica de las partidas en el medio rural. En estos grupos insurreccionales hay que incluir oligarquías locales con amplias pose-



Iglesia de Cutanda, localidad fortificada por el ejército liberal

siones agrarias, una parte importante del clero, las capas más bajas del artesanado rural, ciertas masas campesinas del medio agrario, proletarizadas por las malas cosechas, la presión fiscal, las crisis agrícolas o incluso las quintas y, en algunos casos, imbuidos por las ideas expuestas desde el púlpito; antiguos Voluntarios Realistas e incluso oficiales del ejército que habían sido retirados y que ya habían combatido en el Trienio.

El área donde mayor número de enfrentamientos militares se produjeron fue en el llamado Bajo Aragón y en el Maestrazgo, incluida la zona correspondiente a Castellón. La provincia de Teruel –con la capital incluida– sufrió las consecuencias de una guerra civil que volvía a resurgir cuando daba la impresión de que había finalizado. Cantavieja, Aliaga, Mosqueruela, Montalbán, Mirambel,

Beceite, Segura de Baños y otras localidades más, padecieron no sólo la ocupación carlista y sus andanadas, conocidas como *carlistadas*, sino también el ataque de las tropas liberales que intentaban recuperar los enclaves perdidos.

¿Qué ocurrió en la comarca del Jiloca? En primer lugar, hay que señalar que, en general, la zona ocupó un lugar periférico y secundario dentro del conflicto armado, salvo en momentos concretos. Es decir, careció del protagonismo y de la importancia que pudieron tener otras comarcas de Teruel citadas anteriormente y que actualmente corresponden al Matarraña, Gúdar-Javalambre, Bajo Aragón y Maestrazgo. Dentro de la comarca del Jiloca la situación conflictiva y bélica no fue homogénea en todas las zonas ya que se produjeron diferencias entre las localidades del llano y las de la Sierra de Oriche y Fonfría que se encontraban relativamente próximas a núcleos estratégicos y claves para el dominio del territorio (Montalbán o Segura de Baños). Es de destacar en este sentido que **Cutanda**, **Barrachina** y **Bañón** fueron más castigados por las andanadas carlistas y los ataques de las tropas liberales que otras localidades del valle. Otro aspecto importante es que en la comarca las tropas carlistas obtuvieron, a la fuerza muchas veces, los suministros para los soldados, cuestión en la que insistiremos más adelante.

La ideología carlista, con sus planteamientos ultrarreligiosos y reaccionarios, tuvo una implantación importante en los pueblos del Jiloca durante el siglo XIX y parte del XX. Esta tesis está avalada por varios hechos. He aquí algunos:

- Numerosos voluntarios de los pueblos se unieron a las partidas carlistas de la zona o del Maestrazgo. Muchos de ellos obtuvieron el indulto y volvieron a casa para volver a llevar una vida normal en el campo.
- El general *Marco de Bello*, máxima figura del carlismo en la comarca, fue enterrado en **Caminreal** y sus correligionarios han mantenido hasta la actualidad el panteón mientras que su boina roja, el fajín y la espada han permanecido durante años en la sala de los milagros de la ermita de la Virgen de la Carrasca en **Blancas**.
- La presencia en **Caminreal** y en la Comarca, varias veces, de los pretendientes carlistas al trono, siendo siempre muy bien acogidos por familias que eran carlistas «*de siempre*».
- La presencia de requetés en la última Guerra Civil a través de la formación del tercio «*Marco de Bello*» y su influencia durante el Franquismo.
- Los importantes resultados que obtuvieron en las primeras elecciones democráticas al iniciarse la Transición.

Otro hecho que apoya la presencia del carlismo en la zona es la formación de algunas partidas durante las guerras, de las que mencionaremos sólo dos: La primera es la de Francisco Herrero, más conocido por su alias (*El cura de Bañón*), que creó y dirigió un grupo de voluntarios que se desarrollaron por las tierras de Gallocanta, Calatayud y Jiloca y la segunda, la más importante, la encabezada por *Marco de Bello* a principios de 1836 que aparece documentada por José María de Jaime: «*Conocida en el País la actitud de los Marco en favor del partido carlista, las fuerzas del gobierno llevaron a cabo diversos atropellos contra la casa de Bello. Este hecho, y el regreso desde Calatayud de José el carmelita descalzo, decidió a Manuel María a partir para la guerra. Con cuarenta o cincuenta jóvenes como él del Campo de Bello, armados como mejor pudieron, se presentaron ante Cabañero para engrosar sus filas...*». Le acompañó uno de sus hermanos, Joaquín Marco que también ocupó puestos de responsabilidad junto a Pedro Calvo Fuertes, natural de **Báguena**, que fue su ayudante y hombre de confianza durante gran parte de su carrera militar. Hay que recordar que Juan Cabañero y Esponera, junto a Cabrera, en aquel momento, eran dos de las figuras con mayor proyección en el carlismo tras la muerte de Carnicer.

Las tierras del Jiloca, con sus amplias llanuras y sin accidentes de relieve significativos, no eran favorables para la acción guerrillera de las tropas carlistas, que prefirieron los Puertos de Beceite o las sierras del Maestrazgo para desplegar su estrategia militar. Si hubieran combatido en el Jiloca, dada su inferioridad numéri-

ca, hubieran sido más vulnerables a los ataques de las columnas liberales, integradas por soldados mejor preparados.

Por otra parte y, en general, los pueblos del Jiloca y sierras adyacentes apoyaron a la Reina, esto es, permanecieron fieles a la ideología liberal que tradicionalmente era mayoritaria en la zona. Familias potentadas como los Catalán de Ocón o los Mateo de Gilbert (**Monreal del Campo**), los Ribera o los Osset (**Calamocha**) o los Cabello (**Torrijo del Campo**) eran de ideas liberales. Varios de sus miembros habían ocupado cargos políticos como diputados liberales provinciales o nacionales. Citemos el caso de Gaspar Tortajada, Gobernador civil y el más destacado, el de Francisco Cabello, que fue nombrado ministro de la Gobernación y que en estas fechas combatió al carlismo en la zona levantina desde su puesto político.

Por lo que respecta a los ayuntamientos, éstos permanecieron, en principio, afines a la Reina y al bando liberal, pero con el paso del tiempo adoptaron posiciones más eclécticas y pragmáticas, llegando a colaborar con ambos bandos a pesar de las amenazas gubernamentales tal como veremos después. Emilio Benedicto afirma que *«la localidad de Calamocha, en los primeros años, tomará partido por los liberales, creándose varios batallones de voluntarios para combatir las correrías carlistas. A medida que los partidarios de Carlos van adquiriendo poder en la provincia de Teruel, la postura del Ayuntamiento se adaptará a la situación. Liberales y carlistas son tratados de igual manera»*.

Para defender a los pueblos de la Comarca de posibles ataques carlistas, los ejércitos liberales reforzaron y fortificaron algunas construcciones y castillos en mal estado de varios pueblos situando en ellos grupos reducidos de tropas que controlaban las rutas y los movimientos de las «gavillas facciosas». Así, Benedicto afirma que *«en los primeros años de la guerra, los liberales fortalecieron el castillo de Cutanda, modificando lo que hasta entonces había sido un edificio señorial, convirtiéndolo en una guarnición dedicada a controlar las sierras cercanas»*. Por José Luis Ona sabemos que *«la guarnición liberal realizó diversas obras de restauración y rehabilitación»* en el castillo de **Peracense** *«al encontrar el castillo con ciertos deterioros», obras que «denotan urgencia y provisionalidad y, en general, respetaron las estructuras medievales»*. Es de resaltar que la fortaleza permaneció ocupada durante toda la guerra por el ejército de la Reina y tras la ocupación del pueblo por la partida del comandante carlista Polo, se mantuvo inexpugnable ante el asedio a la que fue sometida. También tenemos noticias de la reconstrucción del castillo de **Monreal del Campo**, uno de los más importantes de la Comarca en este conflicto, y el fortalecimiento de otras localidades como **Caminreal** o **Calamocha** cuya defensa resultaba más complicada. Todo el valle de Jiloca sirvió como lugar de paso y, ante todo, de abastecimiento para los ejércitos de ambos bandos, tanto liberales como carlistas, que utilizaron los caminos o pasos naturales para desplazarse o perseguir al enemigo. He aquí un ejemplo extraído de un texto de 1845: *«...Salió el general Oraá [liberal] de Daroca en la mañana del 2 para incorporarse con las tropas del*

*ejército del Centro que el día anterior se habían acantonado en **Báguena** y **Burbáguena**, continuando después en busca de los expedicionarios [carlistas] que estaban en **Monreal**. A pesar de la inferioridad numérica de su caballería, hizo adelantar Oraá uno de sus escuadrones para que reconociese y hostigase a los contrarios [...] de este modo la caballería de la Reina avistó un escuadrón de la de los expedicionarios, pero no ensayaron combate alguno pues estos se retiraron sobre Monreal [...] Cerca de la noche llegó Oraá con su columna y tras desalojar a la referida fuerza carlista, acantonó sus tropas en el mismo Monreal, mientras el conde Luchana [el liberal Espartero] situaba las suyas en **Calamocha**. El 3 al amanecer se movió la vanguardia de la Reina sobre **Villafranca** que había sido abandonado la noche anterior por los carlistas que continuaron hacia Alba, Pozondón y Oribuela del Tremedal. Los ejércitos reunidos siguieron esta misma dirección hacia Almohaja». Hubo momentos a lo largo de la contienda en los que se produjo un movimiento continuo de tropas por la comarca, que cruzaban con asiduidad el antiguo Camino Real o por otras rutas hacia el Maestrazgo o en dirección a Castilla, como fue el caso de la Marcha Real (1837), encabezada por el pretendiente Carlos V, que atravesó estas tierras por varias localidades del Jiloca.*

El Gobierno, en un intento de cortar el apoyo a las partidas, presionaba sobre las autoridades y los habitantes de los pueblos mediante multas para aquellas corporaciones que no se enfrentaran a los grupos carlistas, a los que les permitieran pasar la noche o simplemente a los que no informaban de paso de tropas. Pero, a su vez, existía la obligación por parte de los municipios de alimentar y dar alojamiento a los soldados del ejército liberal que simplemente pasaban o descansaban en praderas o campos. Ambos ejércitos, especialmente los que acampaban,



Puente de *Entrambas-aguas* de Luco, sobre el Jiloca. La estratégica situación de la comarca originó un continuo trasiego de tropas a través de sus caminos

necesitaban manutención para poder sostener el ritmo de la guerra y exigían a los vecinos y a los ayuntamientos todo tipo de suministros: raciones de pan y carne, mantas para protegerse, cebada para los caballos, etc., bajo la amenaza de medidas de fuerza. He aquí un ejemplo de exigencias de un mando carlista: *«Es indispensable que para las diez de la noche tenga Vd. [se refiere al alcalde] preparadas las raciones anotadas al margen (Pan: doce mil raciones; carne: idem; cebada: dos mil quinientas), en la diligencia de que no verificarlo le hago a Vd. responsable de todos cuantos perjuicios puedan originarse al benemérito Rey nuestro Señor. 22 de octubre de 1.836»*. El Sr. Alcalde, sin arrugarse, contestó: *«En nuestro pueblo no se dan raciones si no se conquistan con plomo.»*

Existen datos documentales en los que se relata que los soldados pasaban penalidades debidas a la climatología o a la falta de alimentos, ya que, a veces, se mantenían con media ración o no disponían de alimentos durante bastante tiempo.

La comarca del Jiloca sufrió constantemente esta presión de entregar suministros, tal como figura en la documentación del Archivo de **Calamocha**. El Ayuntamiento de este lugar, en un acuerdo de 1836, pedía que *«sean indemnizados todos los vecinos que entreguen suministros en dineros tanto a las tropas de la Reyna cuanto a las de los carlistas»*. También se acordó renovar, ya en 1838, una Junta, *«con el objeto de acompañar y auxiliar al mismo [Ayuntamiento] cuando ocurran grandes pedidos de raciones y no haya fondos para liquidar cuantos suministros se hagan tanto a las tropas de la Reyna cuanto a los carlistas»*. Esta colaboración con ambos bandos refleja la política pragmática ya apuntada de ayuda y asistencia para evitar represalias. Sin embargo, esta postura ambivalente llevará a la detención de los componentes del Ayuntamiento de **Calamocha** en 1839 y su traslado a la cárcel de Daroca *«por desafección al Gobierno»*, siendo fijado un rescate o multa considerable. La Corporación reclamó por la excesiva cantidad impuesta protestando de *«los atropellos que sufren varias veces los vecinos»*, puntualizando que no existía *«desafección»* por su parte y denunciando los excesos de las demandas de las partidas carlistas. Por fin, las autoridades liberales se avinieron a *«minorar la multa, convencidos del mal estado que tienen sus intereses los pueblos»*.

Otro de los pueblos que sufrió las exacciones –éste es el término más adecuado– o impuestos a la fuerza, y del que tenemos documentación a través del Archivo de Calamocha, fue **Luco de Jiloca**. Según el Libro de Actas, el 22 de marzo de 1836, el Ayuntamiento acordó que *«las raciones que se han pedido hoy día para la División del general Rotten se han de aportar en Calamocha así éstas como las que el Ayuntamiento ha contribuido y los subcesivos subministros a toda clase de tropas [...] Se obliga a todo vecino a satisfacerlas según el reparto que practique el Justicia»*. El asunto llegará al máximo de gravedad cuando un año y medio más tarde, el 22 de octubre de 1837, el alcalde, Ramón Gómez, con gran desesperación, afirmaba *«que es consecuencia de la funesta Guerra Civil que debora y aflige a esta desgraciada Nación sin esperanza alguna por ahora de que tenga fin, ha*



*contribuido este pueblo con más de 40.000 reales de vellón en suministros a unas y otras tropas, motivo por el qual van quedando todos los vecinos sin recurso alguno, por ser muy crecidos los pedidos, y los apuros en que el Ayuntamiento se ve en cada instante; y es concluido todo recurso para salvar en cuanto sea posible todo el pueblo. Por tanto se viere el modo de salir de tantos abogós y aflicción, y de consiguiendo todo con la con debida reflexión y detenimiento, se acuerda unánimemente y de conformidad de todos los concurrentes a esta Junta se venda el Prado del Pueblo, dividido en anegadas completas de forma [...] que el importe que se saque de estas rentas se ha de invertir en pagar el dinero, depósitos de granos de suministros a las tropas». Está claro que la Corporación tuvo que recurrir, al igual que Calamocha, a la venta de bienes comunales para satisfacer las necesidades bélicas.*

En cuanto a las confrontaciones militares, resulta difícil reseñar todos los sucesos ocurridos en la comarca, por lo que creemos oportuno apuntar algunos de los más destacados, o de los que poseemos cierta constancia documental, como la acción de **Bañón** en mayo de 1836.

El coronel liberal Francisco Valdés operaba con su columna en el territorio situado entre Daroca y Teruel, sin descuidar Calatayud. *«El día 30, a las diez de la mañana, se puso en movimiento con objeto de impedir las esacciones que los carlistas hacían en el país, para lo cual pasó a pernoctar a **Calamocha** [...] supo en dicho pueblo que la división carlista que el carlista Quílez dirigía se hallaba en Bañón reuniendo granos, ganado y calzado que extraía para cubrir los suministros de los suyos». Valdés supo que las fuerzas de Quílez no eran muy numerosas y que no podía recibir refuerzos. «Estas seguridades hicieron concebir al jefe de las tropas de la Reina atacar a Quílez en el pueblo de Bañón, para lo cual salió de Calamocha a las once y medio de la noche, y marchando por **Villarejo** fue por la espalda a tomar Bañón». Al amanecer del día 31 se produjo el ataque por sorpresa, de tal manera que los carlistas abandonaron el pueblo perseguidos por la caballería de Valdés. «Abandonaban los carlistas toda o la mayor parte del equipage, un sin fin de caballerías cargadas de cebada, alpargatas, el ganado vacuno y lanar que tenían, algunos caballos y varias armas, pero era por atraer más y más a los de la Reina» ya que esperaban el apoyo de Cabrera y de «el Serrador», como así fue. De esta manera consiguieron los partidarios de D. Carlos que «aunque tuvieron muchas bajas en un principio, causaron muchas más después a las tropas de la Reina, cogiendo prisioneros».*

Otro enfrentamiento militar al que nos vamos a referir aconteció en **Barrachina** y **Cutanda** en 1839, dos de los pueblos que más sufrieron junto con **Monreal del Campo** la destrucción del carlismo. Madoz nos lo relata así: *«El jefe carlista Llangostera, pasando a dos tiros de bala de las divisiones de la Reina, fue con tres batallones y 8 compañías de caballería a Barrachina en donde a la sazón se hallaba el batallón de cazadores de Oporto, mandado por D. Juan Durando [liberal], que estaba destinado al bloqueo de Segura y protección de Cutanda. Llegaron a las seis de la*

mañana del día 6 de noviembre de 1.839, y sorprendiendo a la guarda avanzada, que no podía sospechar este arrojó, se apoderaron de ella y ocuparon. El coronel Durando, a pesar de tan brusco ataque, pudo reunir unos 30 hombres y con la mayor decisión se hizo fuerte en la Iglesia después de haber desalojado de ella a los carlistas que también la habían ocupado. Unido esto a que otra parte de los soldados portugueses pudieron rehacerse también y poseionarse de algunas casas próximas a dicho edificio, se trabó un obstinado combate que se terminó con la retirada de Llangostera por temer la llegada del batallón de Murcia y 4 escuadrones del 8º que se hallaban próximos, fortificando a Camin Real. Sin embargo, esta tentativa costó a unos y a otros 200 muertos y 42 prisioneros que se llevaron los carlistas en rebenes, de los 25 que al concluirse la acción dejaron los defensores de Barrachina». Aparte de la destrucción que supuso para estas dos localidades, los continuos ataques que sufrieron por parte de los dos bandos, aquí aparece uno de los personajes más nefastos para la comarca: el brigadier carlista Luis Llagostera y Casadevall, conocido como *La Langosta*, que había sido designado por Cabrera, desde su puesto estratégico de Segura de Baños, como jefe de operaciones en la zona del Jiloca.

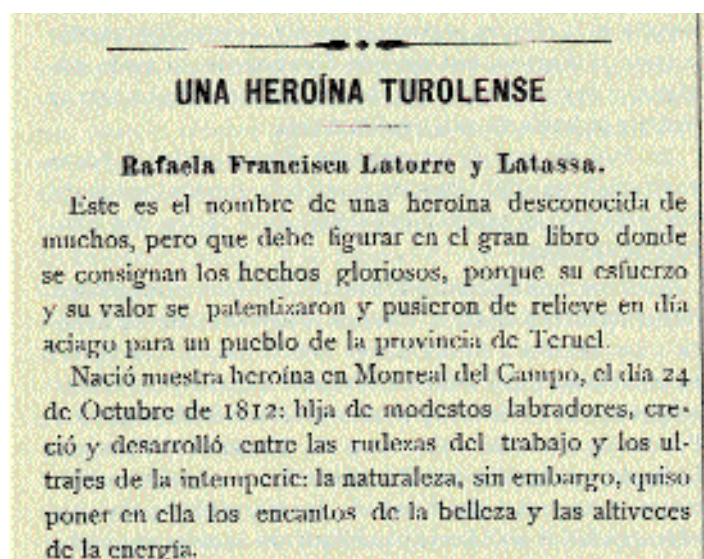


La iglesia de Barrachina, teatro de operaciones durante la I Guerra Carlista

Estos hechos bélicos se habían producido pese a a la firma del Convenio de Vergara (31 de agosto de 1839) entre ambos bandos, que habían acordado la paz. Según diversas fuentes, tanto en **Calamocha** como en **Monreal del Campo** se recibió la noticia con alivio y alborozo, programándose diversos festejos para celebrarlo. Sin embargo, los carlistas de Teruel continuaron por su cuenta la guerra y fueron los últimos meses los más violentos para los pueblos de la Comarca.

Madoz también nos relata los destrozos sufridos por **Monreal del Campo**: «Durante la última guerra, este pueblo sufrió varias incursiones de los carlistas. En el mes de septiembre de 1.839, a pretexto de quererlo fortificar el general O'Donell, el jefe carlista Llangostera mandó demoler la iglesia, la torre, las casas del Ayuntamiento y todos los edificios que formaban la plaza principal, la ermita de Santa Bárbara y un castillo antiguo próximo a ella». Esto es, todo el casco antiguo. Pero no acabó aquí el desastre, el mismo Madoz prosigue: «En 6 de mayo de 1.840 fueron atacados los nacionales [liberales] que se fortificaron en el castillo, por 800 infantes y 450 caballos mandados por Balmaseda y Palillos [jefes carlistas], más como no pudieron hacerlos rendir, incendiaron 100 casas, saqueando toda la par-





Encabezamiento del artículo de José María Catalán de Ocón, sobre la monrealina Rafaela Francisca Latorre. *Miscelánea Turolense*, nº 4, 15-VII-1891, p. 52

*te del pueblo que pudieron dominar*». José María Catalán de Ocón, literato e historiador local, da su versión de los hechos a finales del siglo XIX en la *Miscelánea Turolense*, destacando primero a la «heroína» Rafaela Francisca Latorre Latasa que hizo frente con valentía a los carlistas desde el castillo, habiéndosele concedido la laureada de San Fernando por el Gobierno al igual que a otro ilustre defensor: Mariano Gil Latasa. Es éste un caso similar al de Manuela Cirugeda que destacó en la defensa de Montalbán. Posteriormente, continúa relatando los hechos: «*Tantas pérdidas sufrieron [los carlistas] que tuvieron que abandonar su empeño, pronunciándose en franca retirada, pero señalándola con una crueldad, cual fue la de incendiar el indefenso pueblo, que ardió casi todo*».

Tal fue una de las circunstancias que los historiadores destacan en este conflicto: la crueldad. Sirva como ejemplo el fusilamiento de la madre de Cabrera por parte del general liberal Nogueras, en represalia por el mismo castigo aplicado a los alcaldes de Valdealgofa y de Torrecilla. En la comarca hay ejemplos que ilustran esta conducta brutal y cruel. He aquí uno de ellos. Tras su nombramiento, el general Llagostera marchó hacia la Ribera del Jiloca, asentándose con sus tropas en **Monreal del Campo**, a dónde llegó el 14 de septiembre de 1838, sufriendo un primer atentado las tropas carlistas esa noche. Al día siguiente levantaron el sitio trasladándose a **Villafranca del Campo**, pero quedó una pequeña guarnición que fue atacada por las tropas isabelinas del general Santos San Miguel, obligando a los carlistas al regreso inmediato desde Villafranca a Monreal. El puesto de mando fue incendiado y los carlistas huyeron, pero en el camino encontraron a «*dos dementes y un mutilado*» (así los caracterizan los documentos) que inmediatamente fueron fusilados los tres.

Ello provocó la protesta del general San Miguel que mandó una carta a Cabrera: «*La infame y atroz conducta, contraria en todo momento a los principios de humanidad, derecho de gentes y leyes de guerra que usted ha tenido con los individuos, asesinando vilmente, causando la infelicidad de los vecinos de Monreal, y este asesinato cometido llena de indignación a todo corazón humano, sea cual sea su opinión o partido a que pertenezca, porque para hacer la guerra con nobleza, no es preciso extender los efectos de ella a los pacíficos habitantes de Monreal, ni usar con los enemigos lisiados y cojos otra conducta que la que marca la humanidad y el honor de un jefe*». Conocemos la respuesta de Cabrera que se limitó a reprochar a su contrincente la conducta cruel de sus soldados en otros momentos del conflicto.

## 2. LA SEGUNDA Y TERCERA GUERRAS CARLISTAS

Finalizada la primera guerra, con «*6.067 soldados carlistas en Francia que no habían aceptado el Pacto de Vergara y unos 3.000 más en Cataluña para pasar a Francia*», según Francisco Asín, la agitación de los tradicionalista continuaría en la provincia de Teruel con menor intensidad en los años siguientes, pero es a partir de 1843 cuando se puede hablar de una segunda guerra carlista.

La *Guerra de los Matiners* –nombre con el también se conoce– afectó, sobre todo, a las regiones de Cataluña y Valencia, y con mucha menor incidencia en Aragón, donde se levantaron algunas partidas y cierto número de voluntarios pasaron a engrosar las filas del nuevo pretendiente, Carlos VI, conde de Montemolín.

En la comarca del Jiloca actuó Pascual Gamundi, nombrado comandante general de Aragón por Cabrera, que protagonizaría el hecho más importante: entró en la localidad de **Calamocha** y desarmó a 50 guardias de la milicia que la defendían para proseguir después hacia la provincia de Guadalajara. *Marco de Bello* también intervino en la guerra al levantarse en armas y formar una partida en Acedred, entrando en la localidad zaragozana de Terrer. Su participación en el conflicto le llevaría al exilio en Portugal y más tarde a Francia.

La tercera guerra carlista se consolidó en 1872 teniendo repercusión en el norte, donde funcionó un auténtico Estado carlista con la creación de moneda y correo propio, universidad, ejército uniformado y con sueldo. En Teruel saltaron, como en épocas anteriores, diversas partidas que recorrieron la comarca del Jiloca, pero con menos represalias que las habidas en la primera guerra. Prácticamente ninguna de las poblaciones sufrió ataques o asedios, por lo que los efectos negativos también fueron menores.

El protagonista más importante de estas correrías fue *Marco de Bello*, que ocupó la emblemática plaza de Cantavieja donde puso en marcha una escuela de cadetes de la que salieron varias compañías y batallones. Desde este pueblo, los carlistas volvieron a controlar gran parte de la provincia de Teruel.

El mayor fracaso del de Bello, que había sido nombrado comandante general del carlismo en Aragón, fue el asedio de la ciudad de Teruel, que a pesar de su insistencia no pudo tomar por dos veces, a principios de julio y de agosto de 1873. Estos intentos fallidos provocaron que fuera destituido de su cargo.

En 1875 concluye la tercera guerra carlista, cuyo final en Teruel coincide con la capitulación de Cantavieja que se había convertido de nuevo la capital del carlismo.

### 3. CONSECUENCIAS

La crisis económica de la provincia de Teruel en el primer tercio del siglo XIX, y más concretamente, a partir de 1.833 al iniciarse la primera carlista, ya se venía arrastrando desde principios de siglo a causa, entre otras, de la llamada Guerra de la Independencia.

*«En el aspecto económico la guerra [carlista] dejó en Teruel un legado nefasto». El que esto escribe, Bizén Pinilla, afirma también que «sus consecuencias demográficas se dejaron sentir especialmente en la pirámide de población de 1.857 donde se aprecia perfectamente una disminución anormal de los grupos de edades correspondientes a los nacidos entre 1.832 y 1.841». Además de esta sangrante pérdida de población, Francico Cabello añade otros elementos negativos que acentuaron la crisis económica: «Los generales del Centro mantenían a sus soldados a costa de exacciones en los pueblos en los que operaban; y si para aquellos era un grande embarazo y un gravísimo mal, para el país era doble: Afligido y diezmado más que ningún otro por el cólera-morbo y el tifus; saqueado por las facciones; sobrecargado por la manutención y sostenimiento de veinte partidas volantes que levantó a sus expensas». Hay que resaltar que en algunos momentos llegó a haber en la provincia alrededor de 80.000 soldados entre ambos bandos. Insiste el de Torrijo en el análisis de la situación económica del momento: «En la guerra perdió el país todos sus ganados y la mayor parte de las caballerías de labor; desaparecieron las pocas fábricas que se tenían; se aniquiló el comercio; se arruinaron muchos pueblos; vinieron a la miseria innumerables familias bien acomodadas; se invirtieron cuantísimas sumas en fortificaciones; se hicieron increíbles adelantos al Gobierno, suministrando al Ejército raciones que no fueron abonadas; y han quedado miles de viudas y huérfanos...». Como puede comprobarse, el panorama económico era sobrecogedor.*

La situación de la economía en la comarca del Jiloca no fue mejor, puesto que previamente también sufrió directamente las consecuencias de la Guerra de la Independencia en su territorio, al contar con un contingente de tropas francesas que controlaba los puntos estratégicos, que exigía el pago de impuestos y que había que alimentar. A ello hay añadir otros factores determinantes, como las malas cosechas de los años 1831 y 1832, debido a la climatología, y la presencia de la citada epidemia del cólera morbo. Todo ello provocó la aparición del hambre y de la desnutrición.

Por lo que respecta a las guerras carlistas, ya se ha señalado la continua presión de ambos bandos sobre los pueblos de la Comarca a los que van a utilizar para exprimir al máximo sus recursos, hasta tal punto que los carlistas realizaron alguna incursión a Castilla en 1835 para proveerse de suministros de otra región que se encontraba menos exhausta y trabajada. Ya se han visto las palabras de lamento del alcalde de **Luco de Jiloca** ante la continua entrega de raciones o la solicitud del Ayuntamiento de **Calamocha** al Comandante militar de Daroca para que rebajase la multa, a lo que accedió por la lamentable situación económica de los pueblos.

Benedicto, que ha estudiado la economía de Calamocha del primer tercio del XIX, señala al respecto: *«Las requisas e impuestos pagados a las tropas trajeron nuevamente la ruina, incrementando la presión fiscal y obligaron a los concejos a vender otra parte de sus bienes [la anterior ya la habían vendido en la Guerra de la Independencia], dando lugar a una tercera Desamortización Civil»*. Ya se vio cómo la Corporación de **Luco de Jiloca**, actuando en Concejo Abierto, decidió la enajenación y venta del Prado que pasó a manos privadas. El mismo autor añade que *«el Secretario de Calamocha reconocía que había sido necesario vender durante los años 1.837, 1.838 y 1.839 numerosos bienes municipales para atender las exigencias de la guerra, valorándolos en la enorme cantidad de 207.787 reales»*. En definitiva, los vecinos se empobrecieron y los ayuntamientos, agobiados económicamente, tuvieron que vender parte de su patrimonio rústico, que fue a parar a las familias con abundantes recursos.

Pero no sólo eso, hay que incidir también en otra grave consecuencia de la guerra: la enorme destrucción del patrimonio cultural e histórico-artístico de la Comarca y la cantidad de dinero que hubo que invertir para recuperarlo en lo posible. El ejemplo de **Monreal del Campo** es significativo, ya que conocemos documentalmente el enorme esfuerzo que costó la reconstrucción de los edificios más nobles, como la iglesia, que era de estilo gótico del siglo XVI y de la torre, así como las numerosas casas que ardiéron. J.M. Catalán de Ocón, añadía otras secuelas en dicha localidad a consecuencia del incendio mencionado *«perdiéndose considerables riquezas, por haber en él casas solariegas y acomodadísimas que tenían tesoros y cuadros, tapices, armas antiguas y objetos de arte inapreciables; también se quemaron el archivo municipal y el de la iglesia y algunos particulares en los que había datos de importancia»*.

Otras localidades de la Comarca también padecieron la destrucción y el fuego de la guerra. A continuación citaremos sólo algunas de las que poseemos información documentada y las pérdidas patrimoniales que sufrieron:

**Singra**: Según Florentín Andrés, *«Un torreón y la muralla fueron destruidos en la última guerra carlista»*. El conjunto de la fortaleza constaba, además, de un edificio de forma rectangular y una torre, idéntica al actual torre-campanario que formaba parte también del sistema defensivo. Todo ello fue derruido.

Página derecha: campanario de la iglesia de Singra.







**Cutanda:** Padeció diversos ataques carlistas pero el más grave fue el de mayo de 1839 en el que, según E. Benedicto, «*los liberales se hacen fuertes en el castillo y los carlistas se retiran, pero antes incendian la iglesia y parte de las casas próximas*». A partir de entonces el castillo se va deteriorando poco a poco con el paso del tiempo.

**Barrachina:** También sufrió abundantes destrozos, especialmente la iglesia donde se refugiaron las tropas de ambos bandos. Se supone que parte de casas del pueblo se destruirían.

**Monforte de Moyuela:** la iglesia parroquial, según Madoz, es una ermita por haberse destruido en la última guerra civil

En definitiva, se puede hablar del «azote» carlista sobre la Comarca del Jiloca y, en menor medida, del «castigo» liberal.

#### BIBLIOGRAFÍA

- ASÍN REMÍREZ DE ESPARZA, F. (1983): *Aproximación al carlismo aragonés durante la guerra de los siete años*. Librería General. Zaragoza.
- BENEDICTO GIMENO, E. (1993): «Estudio de la economía calamochina en el primer tercio del siglo XIX. El catastro de 1.834» en *Xiloca* nº 11 y 12. Centro de Estudios del Jiloca (CED).
- BENEDICTO GIMENO, E. (2002): *Historia de la Villa de Cutanda*. CEJ.
- CABELLO F., SANTA CRUZ, F., y TEMPRAO, R.M. (1845): *Historia de la guerra última en Aragón y Valencia*. Imprenta del Colegio de Sordomudos. 2 vols. Madrid.
- CALVO Y ROCHINA DE CASTRO, D. (1845): *Historia de Cabrera y de la Guerra Civil*. Madrid.
- GUÁLLAR PÉREZ, Manuel (1979): «La Primera Guerra Carlista en la provincia de Teruel». *Teruel* nº 61-62. Instituto de Estudios Turolenses (IET)
- JAIME LORÉN, José M<sup>a</sup> y JAIME GÓMEZ, José (1992): *Manuel Marco y Rodrigo. Marco de Bello*. Centro de Estudios del Jiloca. (CEJ)
- ONA GONZÁLEZ, José Luis (1990): *El castillo de Peracense*, tríptico, DGA, 2<sup>a</sup> ed.
- ONA GONZÁLEZ, José Luis (1991): «Castillo de Peracense, 1.988», *Arqueología aragonesa 1988-1989*, pp. 273, 277 (DGA).
- ONA GONZÁLEZ, José Luis (1991): «Castillo de Peracense, 1.989», *Arqueología aragonesa 1988-1989*, pp. 279-282 (DGA).
- ONA GONZÁLEZ, José Luis (1992): «Castillo de Peracense: 1990», *Arqueología aragonesa 1990*, pp. 165-168 (DGA)
- ONA GONZÁLEZ, José Luis (1994) «Castillo de Peracense, 1991», *Arqueología Aragonesa 1991*, pp. 235-240 (DGA)
- PINILLA NAVARRO, Vicente (1986): *Teruel (1.833-1.868): revolución burguesa y atraso económico*. IET. Teruel.
- PIRALA, Antonio (1984): *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, 1868. Reed. Turner/Historia 16.
- RÚJULA LÓPEZ, Pedro (1995): *Rebeldía campesina y primer carlismo: los orígenes de la Guerra Civil en Aragón (1833-1835)*. Zaragoza, Gobierno de Aragón.

## ***Peracense y su castillo durante la I Guerra Carlista (1833-1840)***

JOSÉ LUIS ONA GONZÁLEZ

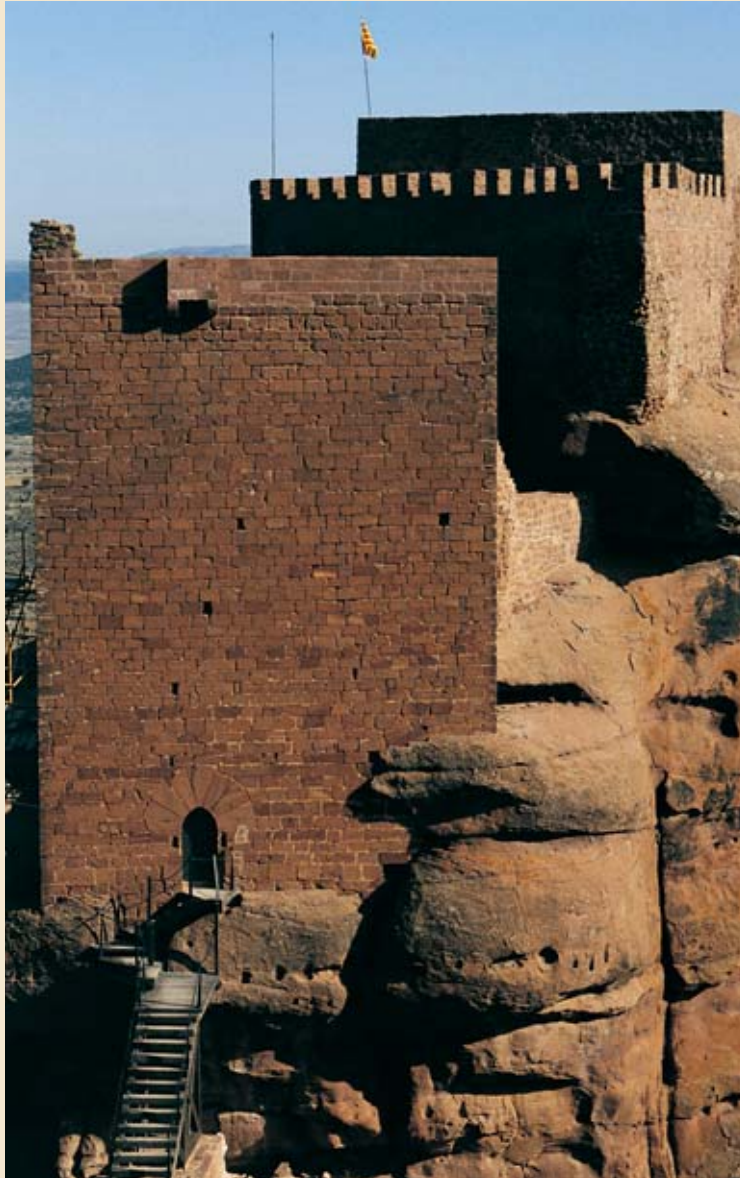
Lejos quedaban los años de esplendor de la magnífica fortaleza peracensi-  
na, antaño pieza angular en la defensa de la Comunidad de Aldeas de Daro-  
ca frente a Castilla, cuando vino a recobrar circunstancialmente su pasada  
importancia estratégica.

Cuando el teatro de operaciones de la I Guerra Carlista se centró en la zona  
oriental de la recién nacida provincia de Teruel, durante la segunda fase de  
la guerra, el viejo castillo de Peracense albergó una guarnición del ejército  
liberal. Así nos informa, brevemente, el Diccionario de Madoz: «...*hay en él  
[lugar de Peracense] un castillo derruido, que durante la guerra civil estuvo  
fortificado y guarnecido por un destacamento de francos*». La escueta noticia  
da a entender que el destacamento del castillo de Peracense fue una mera  
posición secundaria, al cargo de fuerzas irregulares («francos» o voluntarios  
constitucionales). Y tal vez fuera así, pues no suena apenas Peracense en los  
relatos y crónicas de aquella guerra.

La posibilidad de aprovechar unas estructuras preexistentes, aunque maltre-  
chas, y el emplazamiento del castillo, dominando visualmente buena parte  
del valle del Jiloca, fueron razones suficientes para acomodar allí un puesto  
permanente de vigilancia, por lo demás completamente inexpugnable para  
las partidas carlistas.

El castillo, en esa época, hacía tiempo que estaba abandonado. Su relativo  
alejamiento del pueblo de Peracense le salvó de mayores expolios, pero es  
de creer que, salvo las dos o tres estancias abovedadas, el resto de habita-  
ciones medievales eran completamente inhabitables, y su complejo sistema  
de aprovisionamiento de agua se encontraría inservible.

Así pues, la guarnición liberal hubo de acometer, primero, trabajos de des-  
escombro, seguidos de obras de rehabilitación. Y no fueron suficientes los  
materiales de construcción existentes en el castillo, pues se aprovecharon  
también los despojos de la cercana ermita de la Villeta, situada a los pies del  
castillo. En fecha indeterminada el comandante de la guarnición, «*con el pre-  
texto de serle perjudicial por una envoscada*», ordenó su derribo, reaprove-  
chando los materiales, según anotó el rector de la parroquial.



El castillo de Peracense recobró durante la I Guerra Carlista protagonismo militar. En los recintos intermedio y superior de la fortaleza medieval (en la fotografía) se acomodó una guarnición liberal

Las obras de reforma, de escasa calidad técnica, se limitaron a acondicionar tal o cual muro arruinado y a levantar ciertas estructuras ligeras, a modo de aposentos de fortuna. Lo justo para permitir un alojamiento medianamente acomodado.

Una inscripción localizada durante las recientes excavaciones arqueológicas, grabada en un trozo de yeso, permiten fechar estas obras de acondicionamiento en el año 1837.

Debido al estado ruinoso de parte de la muralla exterior, la guarnición liberal se acantonó en los recintos intermedio y superior de la fortaleza, sin que la extensa albacara muestre signos de haber sido reocupada. El recinto intermedio se reservó para cuadras y caballerizas, y así se han localizado pesebres construidos con lajas de arenisca y yeso ocupando antiguas estancias medievales. Mientras que el recinto alto, virtualmente inaccesible, serviría como habitación de jefes y tropa.

Pese al corto espacio de tiempo que sirvió de cuartel, los rastros dejados por la guarnición han sido suficientes para conocer su modo de vida.

Se trataba de un destacamento abastecido de víveres de forma regular, a tenor de un fragmento de orden de aprovisionamiento rescatado en un rescuicio de la muralla.

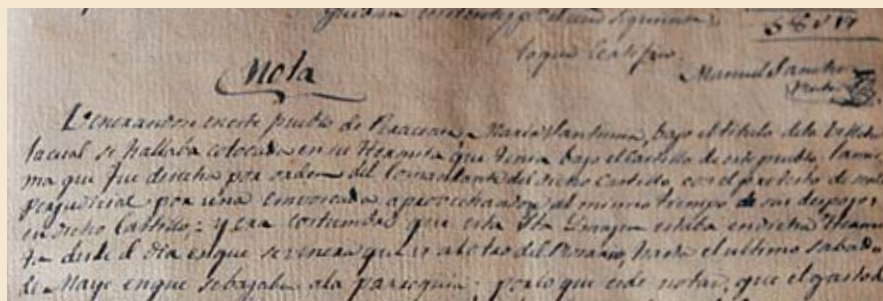
La comida se servía en platos decorados en azul o en verde y morado, de los alfares turolenses, y las sopas en modestas escudillas. Cantarería de Gea y Teruel, aparecida junto a los albiges, certifican la rehabilitación del ingenioso sistema de recogida de agua de lluvia. Y un pequeño horno da fe del autoabastecimiento de pan.

Otros hallazgos (botones en particular), catalogados por el especialista Luis Sorando, permiten certificar la presencia de tropas de la «Milicia de Infantería de Aragón», cuerpo franco, no regular, creado durante la I Guerra Carlista, y al que seguramente se refería Madoz. Otro botón, posiblemente de los faldones de una casaca, perteneció a un integrante del 6º regimiento de caballería «Castilla», mientras que una presilla de charretera fue de un oficial de caballería o infantería ligera.

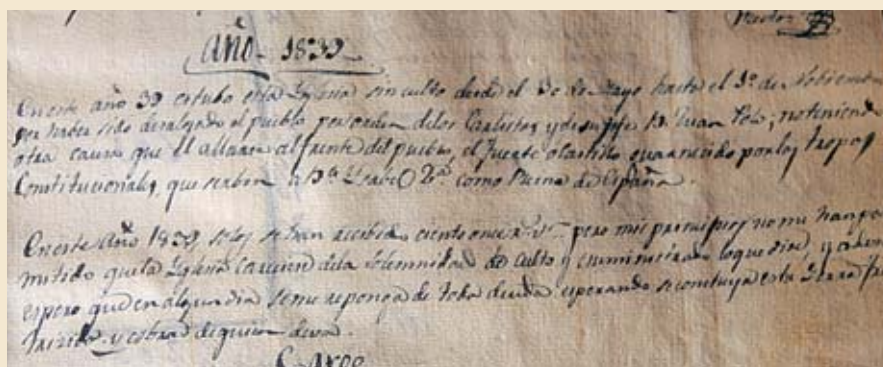
En materia de armamento se han recuperado piezas tales como un regatón de vaina de bayoneta, balas esféricas de fusil de avancarga e, incluso, fragmentos de calzado militar en cuero.

Semejante guarnición, bien pertrechada y aprovisionada, no parece que fuera expulsada de su refugio inaccesible, aunque el jefe carlista Juan Polo lo intentara cuando desalojó el pueblo de Peracense durante buena parte del año 1839.

No consta que el castillo volviera a reutilizarse durante la III Guerra Carlista, pero cabe anotar que en el primer tomo del registro civil de Peracense (1874-76) el juez y el secretario certifican que los libros del registro habían sido quemados el 30 de junio de 1874, seguramente por elementos carlistas.



También las tropas liberales causaron destrozos en el patrimonio artístico comarcal. Anotación en un libro de cuentas de la parroquia de San Pedro de Peracense, en la que se lee: «Nota: Venerándose en este pueblo de Peracense, María Santísima, bajo el título de la Villeta la cual se ballaba colocada en su Hermita que tenía bajo el Castillo de este pueblo, la misma que fue desecha por orden del Comandante del dicho castillo, con el pretexto de serle perjudicial por una envoscada, aprovechándose al mismo tiempo de sus despojos en dicho Castillo [...] Manuel Sánchez, rector.



El rector de la parroquia de Peracense, Manuel Sánchez, anotó en uno de los libros de cuentas: «Año 1839. En este año 39 estuvo esta Yglesia sin culto desde el 30 de Mayo hasta el 1º de Noviembre por haber sido desalojado el pueblo por orden de los Carlistas y de su jefe D. Juan Polo; no teniendo otra causa que el allarse al frente del pueblo el Fuerte o Castillo guarnecido por las tropas constitucionales, que sirben a Dª Ysa-bel 2ª como Reina de España.

En este año 1839, solos se han recibido ciento once reales vellón, pero mis principios no me han permitido que la Yglesia careciese de la solemnidad de culto y e suministrado lo que diré, y además espero que en algun día se me reponga de toda deuda, esperando se concluya esta Guerra fratizida, y cobrar de quien deva»